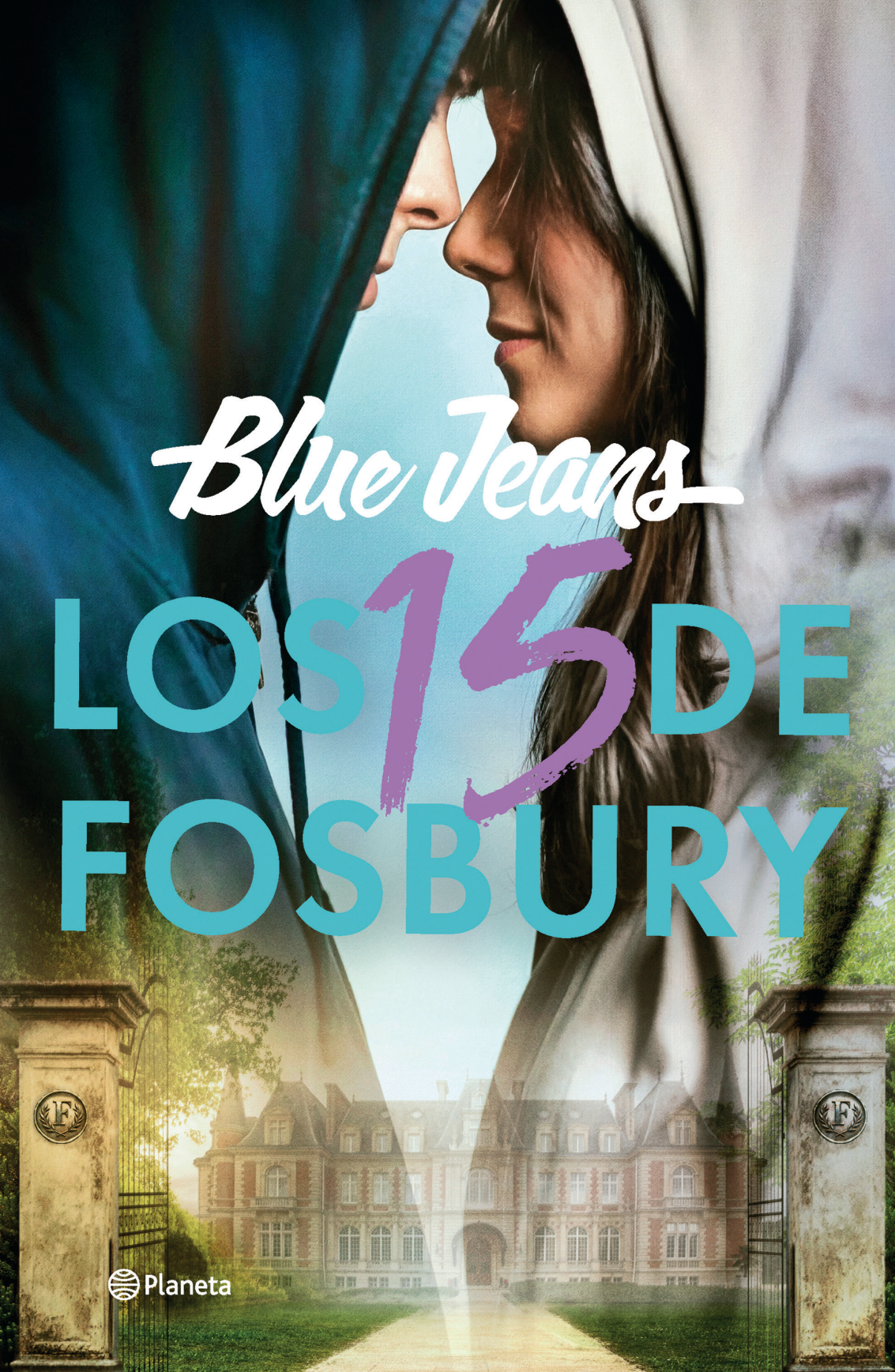




Blue Jeans

LOS 15 DE
FOSBURY

Blue Jeans

Los 15 de Fosbury

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45). Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Francisco de Paula Fernández, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2026
Depósito legal: B. 24.660-2026
ISBN: 978-84-08-31818-7
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Printed in Spain - Impreso en España



PRÓLOGO

Mayo de 2014

Está al límite. Todavía faltan más de dos años para la gran competición y ya se ha quedado sin fuerzas. Por mucho que repita los ejercicios siente que no tiene margen de mejora. No es suficiente. Necesita más. Un esfuerzo extra, que no sabe de dónde sacar. Si no lo consigue, fracasará. *Fracaso*. La psicóloga le ha dicho que borre esa palabra de su mente. Sin embargo, no puede verlo de otra manera. Es la favorita. La gran promesa de la gimnasia artística. Anita Vidal, la futura estrella olímpica. Todos lo creen. Menos ella.

—Qué agobio. No doy más de mí.

—La presión te está pudiendo. Te has olvidado de disfrutar. Tía, déjate llevar.

Los consejos de Veri, su compañera de equipo, no le sirven. Ella no lo entiende. No comprende que, aunque practiquen el mismo deporte y tengan los mismos objetivos, sus vidas son diferentes.

—No es tan fácil —dice Anita mientras se seca con la toalla.

Ya ni siquiera la relaja darse una ducha después del entrenamiento. Era su momento favorito del día. Se metía

bajo el agua caliente y dejaba que los chorros a presión desentumecieran sus agarrotados músculos.

—Venga, tía. No seas dramática. Eres de lejos la mejor gimnasta de la academia. Aunque no lo hagas perfecto serás una de las que estén en Brasil.

—Yo no lo tengo tan claro —dice Anita mordiéndose el labio.

—Las demás sí. Y los entrenadores también. Ya lo sabes.

—Falta mucho todavía. Puede pasar cualquier cosa.

—No seas gafe, Anita. ¡No te va a pasar nada!

Veri se quita la toalla, la enrolla y la sacude contra el trasero desnudo de su amiga, que grita de dolor. Le ha dado fuerte. Anita amaga con lanzarse sobre ella, pero se contiene. Debe evitar cualquier contacto físico. No quiere que se vuelva a confundir y darle esperanzas de que está interesada. Se nota que continúa sintiendo algo. A pesar de que se lo dejó muy claro hace unos meses, a veces se da cuenta de que la mira de esa manera en la que solo miran los enamorados. Es una gran chica y muy guapa, pero no la quiere como pareja. Ni a ella ni a nadie. Su vida solo está centrada en la gimnasia artística, por eso lleva dos años encerrada en aquel sitio, que odia con todas sus fuerzas.

—¿Vamos juntas a comer? —le propone Veri mientras se visten.

—No puedo, ve tú. Tengo que hacer una cosa.

—Uy, qué misteriosa. ¿Se puede saber de qué se trata?

—No es ningún misterio. El director quiere hablar conmigo.

—¿Sobre qué? —pregunta Veri con curiosidad acercándose a su amiga.

—No tengo ni idea.

—Seguro que te va a ofrecer que hagas algún anuncio

o un vídeo para promocionar la academia. Esta mañana había un equipo de televisión grabando las instalaciones.

—Pues si es eso, no me apetece nada, la verdad. Prefiero irme a dormir.

—Qué sosa eres.

Anita se encoge de hombros. Antes le encantaba ponerse delante de la cámara. Hasta se hizo un canal de YouTube para hablarles a sus seguidores de los entrenamientos y de las competiciones en las que participaba. Quería dar a conocer su deporte al mayor número de personas posible. Llegó a contar con más de cincuenta mil suscriptores. Desde el año pasado no sube contenido. La gimnasia ahora se ha transformado en un castigo más que en una ilusión.

—¡Anita! —grita de repente Veri señalándole la cara—. Estás sangrando.

—¿Qué?

La chica se palpa la nariz y los dedos se le manchan de sangre. Varias gotas caen al suelo y tiñen de granate las losetas blancas del vestuario. Nerviosa, coge la toalla con la que se ha secado, se limpia e intenta taponar la hemorragia, que sale del orificio derecho. No es la primera vez que le sucede. Se queja en voz baja del día de mierda que lleva mientras se apresura a coger papel higiénico.

—Deberías ir al médico —comenta Veri, con signos de preocupación en la voz—. No es normal que te pase tantas veces.

—Solo es un poco de sangre. Se cortará enseguida.

—Habla con el doctor Bustamante, por favor, Anita.

—No te preocupes, de verdad. Con la cantidad de pruebas que nos hacen, si tengo algo seguro que aparece en los resultados de alguna de las analíticas.

—A mi hermano le sangra la nariz cuando está estresa-

do. A lo mejor tendrías que tomarte las cosas con más tranquilidad.

Anita resopla. No tiene ganas de continuar escuchando a su amiga, que sigue hablándole de que, aunque cuentan con facilidades que otras deportistas no poseen y disponen de todo lo necesario para ser las elegidas y estar en Brasil, hay que controlar la presión y la ansiedad. No deja de repetirle que están practicando un deporte que a esos niveles es muy duro y sacrificado, y que es cierto que requiere grandes esfuerzos por su parte, pero que existe un límite. ¿Lo ha alcanzado? ¿Ha superado ya el suyo?

—Bueno, me voy a ver al director —dice Anita, después de atarse los cordones de los zapatos—. ¿A qué hora empieza el entrenamiento de la tarde?

—A las cuatro.

—Bien. Espero que la charla con Jaramillo no se alargue.

La chica se quita el tapón de papel de la nariz y sorbe varias veces para comprobar que no sangra. La hemorragia ha frenado. Frente al espejo, se lava la cara. Luego fuerza una sonrisa y a continuación sale del vestuario. No hace caso a lo que Veri le está gritando. Es muy pesada. Sabe que solo quiere ser amable, pero no puede soportar tanto positivismo. Al comienzo, agradecía que la animara en los entrenamientos. Sin embargo, se ha ido cansando de sus comentarios y de sus halagos. Aunque quizá de la que se ha cansado ha sido de sí misma. Veri es un cielo y una amiga ejemplar. Y la persona por la que una vez sintió algo especial. Es una pena que eso también se haya acabado desgastando por culpa de la gimnasia.

Anita ya no se divierte cuando danza en el tapiz, salta el potro o se sube a la barra de equilibrio, su aparato favorito. Podía estar varias horas encima de aquella estrecha y tortuosa superficie. Lo que para la mayoría era un supli-

cio, para ella significaba un momento de paz y concentración con el que disfrutaba. Eso se terminó. En las primeras semanas en la Dick Fosbury sentía que estaba cumpliendo un sueño. Los Juegos Olímpicos de Río de Janeiro eran la gran meta. El sueño que había tenido desde que empezó en un pequeño gimnasio de un pueblo entre Toledo y Madrid. Ahora, un nubarrón sobrevuela su mente durante cada minuto de cada entrenamiento.

¿Y si lo deja?

—Pasa —dice una voz al otro lado de la puerta del despacho más grande que hay en la academia—. Está abierto.

Alfonso Jaramillo fue deportista de élite y eso se nota todavía en su físico a los cincuenta años. Practicaba piragüismo y estuvo a punto de ser olímpico. Las lesiones y alguna mala decisión le impidieron llegar a lo más alto. Tal vez por esa espinita que se le quedó clavada se propuso crear aquella academia en la que preparan a conciencia a jóvenes atletas de diversas disciplinas para convertirlos en los mejores. Encontró a unos inversores americanos que apostaron por el proyecto y se lanzó a la aventura.

Anita entra en el despacho y saluda con un gesto de la mano al director, que no se levanta para recibirla. La joven se sienta frente a él y sorbe disimuladamente. Aún percibe el desagradable olor a sangre en la nariz.

—¿Cómo estás? Hace tiempo que no hablamos —dice Jaramillo mientras busca algo en la mesa.

—Estoy cansada. Lo normal, ¿no?

—Pues depende. ¿Duermes bien por las noches, Anita?

—Lo intento.

—Ya sabes que en el deporte de élite es fundamental un buen descanso y una buena alimentación.

—Lo sé —responde Anita con desgana—. Dime, Alfonso, ¿para qué querías verme?

—¿Hay algo que quieras contarme?

La gimnasta dibuja una mueca de extrañeza. No sabe a qué se refiere el director de la academia. Lo que parece seguro es que no la quiere para rodar ningún anuncio ni hacer un vídeo de promoción del centro.

—¿Sobre qué?

—Verás —comienza a decir Alfonso, que se pone de pie—. No quiero enjuiciar a una de mis mejores deportistas y mucho menos cuestionar su profesionalidad. Estoy seguro de que en Brasil vas a pelear por una medalla, pero no puedo tolerar ciertos comportamientos. He recibido quejas sobre ti.

—¿Quejas? ¿De quién?

—Dímelo tú.

—¿Yo? Eres tú el que me ha pedido que venga a su despacho.

—Porque hay algo que no está funcionando contigo, Ana.

La chica observa con atención a Jaramillo, esperando a que le dé el nombre de la persona que se ha quejado. Podría ser el doctor Bustamante, al que no trató demasiado bien en la última revisión, o una compañera del equipo de gimnasia con la que apenas se habla y con la que ha tenido algún roce, o quizá su entrenadora, cuyas instrucciones ha ignorado tantas veces en las últimas semanas.

El sonido del móvil del director de la Academia Dick Fosbury interrumpe la charla. Jaramillo le pide disculpas y responde. Parece una llamada importante, porque tuerce el gesto y suelta un par de palabras malsonantes en voz alta.

—Espera un momento —le dice Alfonso a su interlocutor. Tapa el auricular y se dirige a la joven—. Ana, tengo que resolver un asunto con urgencia. Si te parece bien hablamos más tarde. Tal vez después del entrenamiento. ¿Vale?

La chica asiente con la cabeza y sale del despacho. Mientras camina hacia su habitación, le da vueltas a lo que han hablado. Alguien en la academia se ha quejado de su comportamiento y el director le ha llamado la atención. Es posible que solo sea una advertencia, pero le fastidia. Es lo que le faltaba. ¿Quién es la persona que la ha denunciado? Lo descubrirá unas horas más tarde, justo antes de que la gimnasta aparezca muerta en uno de los jardines de aquella academia deportiva de élite a la que sus propios integrantes han denominado La Hoguera.